

ranza de esta ley, les confirma la venida de aquel gran profeta que debia descender de Abraham, de Isaac, y de Jacob. Díceles: "Dios suscitará de en medio de vuestra nacion y de entre el número de vuestros hermanos un profeta semejante á mí: escuchadle." Este profeta semejante á Moises, y legislador como él, ¿quién puede ser sino el Mesías, cuya doctrina debia algun dia arreglar y santificar todo el universo?

El Cristo debia ser el primero que formase un nuevo pueblo, y á quien dijo tambien: "os doy un nuevo mandamiento;" y en otra ocasion: "Si me amais, guardad mis mandamientos;" y en otra tercera mas espresamente: "se dijo á los antiguos: no matareis; y yo mismo os digo;" y todo lo demas por el mismo estilo y con la misma fuerza.

He aqui pues el nuevo profeta semejante á Moises, y autor de una nueva ley, de quien Moises dijo tambien anunciándonos su venida: "escuchadle;" y fué para cumplir esta promesa para lo que Dios al enviar á su hijo, hizo él mismo resonar desde lo alto con una voz de trueno estas divinas palabras: "Este es mi hijo bien amado, en el cual tengo puesta mi complacencia: escuchadle."

Este era el mismo profeta y el mismo Cristo que Moises habia figurado en la serpiente de bronce que erigió en el desierto. La mor-

dedura de la antigua serpiente que derramara por todo el género humano el veneno del que todos perecemos, debia ser curada mirándola, es decir, creyendo en él, como él mismo lo explica. ¿Pero para qué hacemos aquí solo mencion de la serpiente de bronce? Toda la ley de Moises, todos sus sacrificios, el supremo sacerdocio que estableció con tantas misteriosas ceremonias, la entrada del pontífice en el santuario, en una palabra, todos los sagrados ritos de la religion judáica, en donde todo era purificado por la sangre, el cordero mismo que se inmolaba en la solemnidad principal, es decir, en la de la pascua, en memoria de la redencion del pueblo, todo esto no significaba otra cosa mas que el Cristo salvador por su sangre de todo el pueblo de Dios.

Hasta que el Mesías llegase, la ley de Moises debia leerse en todas las asambleas, por ser la única legislacion que regia: por lo que vemos que hasta su venida, el pueblo, en todos los tiempos y en todas las dificultades, no se funda mas que en ella. Así como Roma reverenciaba las leyes de Rómulo, de Numa, y de las Doce tablas; como Atenas recurria á las de Solon, y como Lacedemonia conservaba y respetaba las de Licurgo, el pueblo hebreo alegaba siempre las de Moises. Ademas de tal manera el legislador habia arreglado en ella todas las cosas, que jamas se tuvo ne-

cesidad de hacer ninguna variacion: porque el cuerpo del derecho judáico no es una recopilacion de diversas leyes hechas en tiempos y en ocasiones diferentes. Moises, ilustrado por el espíritu de Dios, todo lo habia previsto. En su ley no se ven ni decretos de David, ni de Salomon, ni de Josaphat, ó de Ezechías, aunque todos tres fuesen muy celosos por la justicia. Los buenos príncipes solo tenian que hacer observar la ley, y se contentaban con recomendar su observancia á sus sucesores. Añadir ó cercenar un solo artículo era un atentado que el pueblo hubiera mirado con horror. Se tenia necesidad de la ley á cada momento no solo para arreglar las fiestas, los sacrificios, las ceremonias, sino tambien para todas las demas acciones públicas y particulares, tales como los juicios, los contratos, los matrimonios, los funerales, las sucesiones, la hechura, ó forma de los vestidos, y en general todo lo que concernia á las costumbres. No habia otro libro en que se estudiasen los preceptos de la buena conducta; era necesario ojearle y meditarle dia y noche, retener sus sentencias, y tenerlas siempre presentes. En este libro aprendian los niños á leer, la única regla de educacion que se daba á sus padres, era que se la hiciese aprender, que se la inculcasen, y que les hiciesen observar tan religiosamente esta santa ley, la que creia que sola ella bastaba

para hacerles sabios desde la infancia. Por esta razon mandábase que estuviese entre las manos de todo el mundo: y ademas de la lectura asídua que cada uno debia hacer en particular, se hacia una lectura pública de ella cada siete años, y en el año solemne de la remision y del reposo, en la fiesta de los tabernáculos, en la que todo el pueblo se hallaba reunido durante ocho dias, lo que venia á ser como una nueva promulgacion. Moises hizo depositar cerca del arca el original de la ley; pero, por temor de que con el transcurso del tiempo no fuese alterada por la malignidad, ó por la negligencia de los hombres, ademas de las copias que corrian entre el pueblo, se hacian ejemplares auténticos, que, cuidadosamente revisados y guardados por los sacerdotes y por los levitas, hacian las veces de originales. Los reyes (porque Moises habia previsto que el pueblo, á imitacion de todos los otros, querria tambien tenerlos), los reyes, repito, estaban obligados por una ley espresa del Deuteronomio á recibir de mano de los sacerdotes uno de aquellos ejemplares tan religiosamente corregidos para que le transcribiesen y le leyesen toda su vida. Revisados así los ejemplares por autoridad pública, eran respetuosamente venerados por todo el pueblo: mirábaseles como sagrados inmediatamente de las manos de Moises, y tan puros y tan íntegros como Dios se los

habia dictado. Un antiguo volumen de esta severa y religiosa correccion fue encontrado en la casa del Señor bajo el reinado de Josías, y quizá fuese el mismo original que Moises hizo poner cerca del arca; y escitó este hallazgo de tal manera la piedad de este santo rey, que le sirvió de motivo para escitar al pueblo á la penitencia. Son grandes é innumerables los efectos que ha producido en todos tiempos la lectura pública de esta ley. En una palabra, era un libro perfecto, al que, estando unido por Moises la historia del pueblo de Dios, le enseñaba al mismo tiempo que le hacia aprender su religion, su policia, sus costumbres, su filosofía y su origen, todo lo que sirve para arreglar la vida, todo lo que une y forma la sociedad, los buenos y los malos ejemplos, la recompensa prometida á los primeros, y los severos castigos que debian seguirse á los segundos.

Por medio de esta admirable disciplina, un pueblo salido de la esclavitud, y retenido en el desierto por espacio de cuarenta años, llegó todo formado á la tierra que debia ocupar. Moises le condujo y le acompañó hasta la puerta, y, advertido de su próximo fin, cometi6 el cargo que tenia á Josué. Pero antes de morir compuso aquel largo y admirable cántico que empieza por estas palabras: "¡Oh cielos, escuchad mi voz; que la tierra preste oidos á las pala-

bras de mi boca!" En este silencio de toda la naturaleza habla desde luego al pueblo con una fuerza inimitable, y previendo sus infidelidades, le descubrió su error. De repente sale como de sí mismo, y pareciéndole todo discurso humano como muy inferior á un asunto de tanta magnitud, refiere lo que Dios dice, y le hace hablar con tanta alteza y bondad que no se sabe qué es lo que le inspira mas, si es el temor y la confusion, ó el amor y la confianza.

De orden de Dios y de Moises todo el pueblo aprendió este divino cántico de memoria. Aquel hombre eminente, pasado esto, murió contento y satisfecho, creido que nada habia dejado de hacer para conservar entre los suyos la memoria de los beneficios y de los preceptos de Dios. Dejó á sus hijos entre sus conciudadanos sin ninguna distincion, y sin haber formado para ellos ningun establecimiento extraordinario. Ha sido admirado no solo de su pueblo, sino de todos los pueblos del mundo; y jamas legislador ninguno ha gozado entre los hombres de un nombre tan grande y célebre.

Todos los profetas que se han seguido despues y todos los escritores sagrados han tenido á mucha gloria confesarse discípulos suyos. Y efectivamente, Moises habla como maestro: se observa en sus escritos un caracter todo par-

ticular, y un no se qué de original que no se encuentra en escrito ninguno: hay en su sencillez una sublimidad tan magestuosa, que nada hay que pueda igualarla; y si al oír á los otros profetas se cree oír á hombres inspirados por Dios, es, por decirlo así, á Dios mismo en persona á quien se cree oír en la voz y en los escritos de Moises.

Se asegura que él fue el autor del libro de Job. La sublimidad de los pensamientos y la magestad del estilo hacen á esta historia digna de la pluma de Moises. Por temor de que los hebreos no se engriesen atribuyéndose á ellos solos la gracia de Dios, era bueno hacerles entender que tambien habia tenido sus elegidos en la raza ó linage de Saul. ¿Qué doctrina mas importante ni qué entretenimiento mas útil podia dar Moises al pueblo afligido en el desierto que el de la paciencia de Job, que, entregado en las manos de Satanas para que le ejercitase con toda especie de sufrimientos, se vió privado de sus bienes, de sus hijos, y sin hallar consuelo en la tierra; que incontinenti despues herido de una horrible enfermedad, y agitado en lo interior por la tentacion de la blasfemia y de la desesperacion, quien sin embargo, manteniéndose firme, hizo ver que una alma fiel, sostenida por la gracia divina en medio de las pruebas mas terribles y espantosas, y á pesar de los mas negros pensamientos que

el maligno espíritu podia sugerirle, supo no solo conservar una incontrastable confianza, sino lo que es mas elevarse por la agudeza de sus propios males á la mas alta contemplacion, y reconocer en las penas que sufría con la nada del hombre el supremo imperio de Dios y su infinita sabiduria? He aqui lo que enseña el libro de Job. Para guardar consonancia con el caracter del tiempo, se vió coronada la fé del santo hombre con prosperidades temporales; pero sin embargo, por este medio el pueblo de Dios aprendia á conocer cuál era la virtud de la paciencia y de la resignacion, y á gustar de la gracia que algun dia debia hallarse aneja á la cruz.

Moises habíala ya gustado cuando prefirió los padecimientos y la ignominia que iba á sufrir con su pueblo á las delicias, regalo y abundancia de la casa del rey de Egipto. Desde entonces hizole Dios gustar de los oprobios de Jesucristo: los que gustó todavía mas en su precipitada huida y en los cuarenta años de su destierro; pero cuando apuró el caliz de Jesucristo hasta las heces fue cuando elegido para salvar al pueblo de Israel, fuéle necesario soportar las continuas rebeliones en que su vida corrió gran peligro. Aprendió á saber lo que cuesta salvar á los hijos de Dios, é hizo ver de muy lejos lo que una mas completa redencion debia algun dia costar al Salvador del mundo.

Aquel gran hombre no tuvo ni aun el consuelo de entrar en la tierra prometida: solo pudo verla desde la cumbre de una montaña, y no se avergonzó de escribir que habia sido escludido de entrar en ella por una incredulidad, la que, por ligera que pareciese, mereció ser castigada con tanta severidad en un hombre dotado de una gracia tan eminente. Moises sirvió de ejemplo á la severa venganza de Dios, y al juicio que él ejerce con tan terrible rigor sobre los que están obligados por los dones con que los distingue á una fidelidad mas perfecta.

Empero un mas alto misterio se nos muestra en la exclusion de Moises. Este sabio legislador, que por tantas maravillas no hace mas que conducir á los hijos de Dios hasta las inmediaciones de su tierra, sírvenos de prueba para mostrarnos que *su ley no conduce á la perfeccion*; y que sin podernos dar el cumplimiento de sus promesas, nos las hace *saludar de lejos*; ó lo que es lo mismo nos con ducesolo hasta las puertas de nuestra herencia. Es un Josué, es un Jesus, porque éste era el verdadero nombre de Josué, quien por este nombre y por su oficio representaba al Salvador del mundo; es este hombre, tan inferior á Moises en todas las cosas, y tan superior solo por el nombre que lleva, es él, repito, quien fue destinado para introducir al pueblo de Dios en la tierra santa.

Por las victorias de este gran hombre, ante quien el Jordan retrocedió el curso de sus aguas, cayeron y desplomáronse por sí mismas las murallas de Gericó, y el sol detuvo su curso; Dios estableció á sus hijos en la tierra de Canaan, de la cual espulsó por este mismo medio á los pueblos abominables que la ocupaban. Por el odio que escitaba contra ellos á sus fieles, inspirábales un extremo apartamiento de su impiedad; y el castigo que les impuso, sirviéndose de su ministerio, les llenó á ellos mismos de un santo y saludable temor de la justicia divina, de cuyos decretos eran unos meros ejecutores. Una parte de aquellos pueblos que Josué espulsó de su país, se establecieron en Africa, en donde se encontró mucho tiempo despues en una inscripcion antigua el monumento de su huida y de las victorias de Josué. Despues que estas victorias milagrosas hubieron puesto á los israelitas en posesion de la mayor parte de la tierra prometida á sus padres, Josué y Eleazar, soberano pontífice, con los gefes de las doce tribus hicieron su repartimiento segun la ley de Moises, y asignaron á la tribu de Judá el primero y mas grande lote. Desde el tiempo de Moises sobresalia entre las otras por su número, por su valor y por su dignidad: murió Josué, y el pueblo continuó la conquista de la tierra santa. Dios quiso que marchase á la ca-

beza la tribu de Judá, y declaró que habia entregado el pais entre sus manos. En efecto derrotó á los cananeos, y tomó á Jerusalem, que debia ser la ciudad santa y la capital del pueblo de Dios. Era la antigua Salem, donde Melchisedech habia reinado en tiempo de Abraham; Melchisedech, aquel *rey de justicia* (que es lo que significa su nombre) y al mismo tiempo *rey de paz*, que paz es lo que quiere decir Salem, á quien Abraham habia reconocido por el mas grande pontífice que habia en el mundo: como si Jerusalem hubiese sido destinada desde entonces á ser una ciudad santa, y la capital de la religion. Esta ciudad fue dada desde luego á los hijos de Benjamin, quienes, débiles y en pequeño número, no pudieron echar á los jebuseos, antiguos habitantes del pais, y se quedaron por tanto á vivir entre ellos. En tiempo de los Jueces fue el pueblo tratado diversamente, segun se conducian bien ó mal. Despues de la muerte de los ancianos que vieran los milagros obrados por la mano de Dios, fue debilitándose la memoria de sus grandes maravillas, y la universal propension del género humano arrastró al pueblo hácia la idolatría. Cuantas veces cayó en élla, otras tantas fué castigado; y cuantas veces se arrepintió, otras tantas fue indultado. La fe de la Providencia y la verdad de las promesas y de las amenazas de Moises, fuése confirmando y

grabando mas y mas en el corazon de los verdaderos fieles; pero Dios les preparaba todavía otros mayores ejemplos. El pueblo pidió un rey, y Dios le concedió á Saul, el que por sus pecados no tardó en merecer su reprobacion: resolvió, al fin, establecer una familia real, de la cual naciese el Mesías, y la eligió, en la de Judá, á David, un jóven pastor descendiente de esta tribu, el último de los hijos de Jesé, cuyo mérito no conocian ni su padre ni su familia; pero á quien Dios encontró segun su corazon: fue ungido por Samuel en Belen, su patria.